

<https://dx.doi.org/10.14482/memor.58.852.651>

Los últimos expedicionarios de Cortés. Sitio y capitulación de la guarnición de la fortaleza de San Juan de Ulúa

The last expeditionaries of Cortés. Siege and capitulation of the garrison of the fortress of San Juan de Ulúa

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

s.arturo.vargas.m@outlook.com

Doctor en Historia. Profesor-investigador de la Universidad de Sonora, Hermosillo (México).

<https://orcid.org/0000-0002-1824-7509>

Resumen

El próximo 18 de noviembre de 2025 se cumplen 200 años de la capitulación de la guarnición hispana de la fortaleza de San Juan de Ulúa en Veracruz. Dicho evento constituye el punto final del dilatado epílogo del proceso independentista, pese a lo cual, en México, este suceso es visto como una efeméride menor del calendario cívico, en tanto que en España ha quedado prácticamente en el olvido. Por ello, a lo largo de estas páginas se presenta desde una perspectiva multiscalar, con base en fuentes primarias y secundarias, un análisis de las circunstancias y motivos que llevaron a trigarantes y realistas a este último lance.

Palabras clave: Guerra de Independencia en México, Veracruz, Sitio de San Juan de Ulúa, ejército español en América.

Abstract

The upcoming November 18, 2025, marks the 200th anniversary of the surrender of the Spanish garrison at the fortress of San Juan de Ulúa in Veracruz. This event marks the end of the long epilogue to the independence process, yet in Mexico it is seen as a minor event on the civic calendar, while in Spain it has been practically forgotten. Therefore, these pages present a multiscale analysis based on primary and secondary sources of the circumstances and motives that led the Trigarantes and Royalists to this final battle.

Keywords: Mexican War of Independence, Veracruz, Siege of San Juan de Ulúa, Spanish army in America.



MEMORIAS

REVISTA DIGITAL DE HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA DESDE EL CARIBE COLOMBIANO

Año 21, n.º 58, enero - abril de 2026

Barranquilla (Colombia), ISSN 1794-8886

Recibido: 17 de enero de 2025
Aprobado: 16 de septiembre de 2025

Introducción

En marzo de 1820, una serie de pronunciamientos en la península española obligaron a Fernando VII a restablecer la Constitución de Cádiz de 1812. La puesta en vigor de la *la Pepa* provocó enorme molestia en diversos sectores, “sobre todo entre clérigos y militares”, que recelaban o temían perder sus privilegios. La animadversión contra el régimen constitucional cundió también entre las élites novohispanas, quienes impulsaron la organización de un nuevo movimiento autonomista que se presentó “como el partido del orden y de los genuinos valores amenazados por las reformas liberales”, pero diferente de aquellos que encabezaron el “primer impulso independentista” (Ferrer Muñoz, 1995, pp. 80-81).

Ante esta situación, el comandante Agustín de Iturbide de Arámburu vislumbró la posibilidad de aliarse con Vicente Guerrero, uno de los pocos líderes rebeldes que continuaban en pie de guerra, invitándolo a sumarse al movimiento, lo que consiguió tras varias misivas y una entrevista cara a cara que culminó con el célebre “abrazo de Acatempan” (López Durán, 2010, p. 224); de esta manera, el coronel vallisoletano puso en jaque al gobierno encabezado por el jefe político del virreinato, Juan Ruiz de Apodaca, quien, paradójicamente, lo había comisionado para exterminar a lo que quedaba de la insurgencia.

Al respecto, no está claro si al momento de aceptar dicha misión el futuro emperador de México contemplaba ya la posibilidad de encabezar un movimiento para independizar a la nueva de la vieja España. Dado que este asunto ha sido abordado de forma exhaustiva por otros autores, solo queda señalar que entre los compañeros de armas contactados por el vallisoletano estuvieron algunos de los principales jefes militares del virreinato, como Pedro Celestino Negrete, Anastasio Bustamante, Luis Cortázar, Miguel Barragán y Joaquín Parres (Moreno Gutiérrez, 2007, p. 146).

Sumado a lo anterior, la velocidad con la que se produjo y condujo la rebelión, así como el testimonio de algunos colaboradores de Iturbide, han dado lugar a la hipótesis de que, en efecto, el antiguo comandante miliciano había fraguado el alzamiento mucho antes de proclamar el “Plan o indicaciones” para el gobierno que debía instalarse provisionalmente –“con el objetivo de asegurar nuestra sagrada religión y establecer la independencia del imperio mexicano”– que tendría el título de “Junta gubernativa de la América Septentrional”, conocido popularmente como “Plan de Iguala”. Más allá de lo anterior, en opinión de Arenal Fenochio:

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

Hay que aceptar y entender (y subrayarlo) que el principal propósito que movió a Iturbide para su elaboración fue evitar a toda costa un nuevo estado de guerra civil en la Nueva España, enfrentamiento que amenazaría, otra vez, vidas y haciendas de sus pobladores, sin distinción de su origen, y quizás consumaría la total desmembración de la extensa América Septentrional. No se quería reactivar la guerra sino sustituirla con la conciliación pacífica de muy diversos intereses (2021, p. 494).

Para enfrentar la rebelión iturbidista, el conde del Venadito le pidió a José Dávila, gobernador de Veracruz, que enviara a Ciudad de México a todos los hombres que tuviera a su disposición; sin embargo, ya en aquel momento, los llamados del vallisoletano a luchar por la Independencia habían calado hondo en la mayor parte de los soldados novohispanos, que en apenas unas cuantas semanas abandonaron en masa el ejército del rey para unirse a los alzados, tal como ocurrió con las unidades que guarnecean La Soledad y Jamapa.

Lo anterior provocó un enorme caos en el gobierno de Veracruz, que de pronto se vio imposibilitado de enviar el correo a la capital del virreinato, y además, tuvo que cerrar el puerto. Aunque Dávila procuró aminorar el impacto de las proclamas de Iturbide prohibiendo la circulación de todo impreso favorable a su causa, era claro que “se hallan en lo general las gentes de todas clases del reino dispuestas a la independencia, recibiendo los pueblos a los seductores sin oposición ni desagrado, viendo autorizada su adhesión con el ejemplo de las tropas, que fáciles de ser seducidas desertan en pelotones y secciones de las guarniciones y destacamentos”¹.

En consecuencia, desde finales de febrero de 1821, el movimiento encabezado por el excomandante miliciano avanzó inexorablemente desde la periferia al centro del país, sumando a su paso a numerosos jefes realistas que secundaron el alzamiento, sin que los altos mandos pudieran oponer mayor resistencia, lo que causó un enorme descontento en aquellos que se mantenían fieles a la Corona.

En los meses siguientes, la mayor parte del territorio novohispano cayó en manos de la trigarancia, con la excepción de ciertos puntos que se resistían a someterse a la autoridad del vallisoletano, pero que finalmente terminarían por ceder, como Toluca (14 de julio), Puebla (2 de agosto), Ciudad de México (27 de septiembre), Acapulco (15 de octubre) y Veracruz, que finalmente capituló el 26 de octubre,² pero

¹ Doc. 13, “19 de abril: adhesiones al Plan de Iguala de las fuerzas armadas de Veracruz”, José Dávila al ministro de la Guerra, Veracruz, 19 de abril de 1821. En Ortiz Escamilla, *Veracruz*, 2008, vol. 2, pp. 32-33.

² La bibliografía referente al movimiento Trigarante se ha enriquecido de forma notable en los últimos años gracias a las aportaciones de Espinosa Aguirre (2023), Guzmán Pérez (2021) y Moreno Gutiérrez (2016).

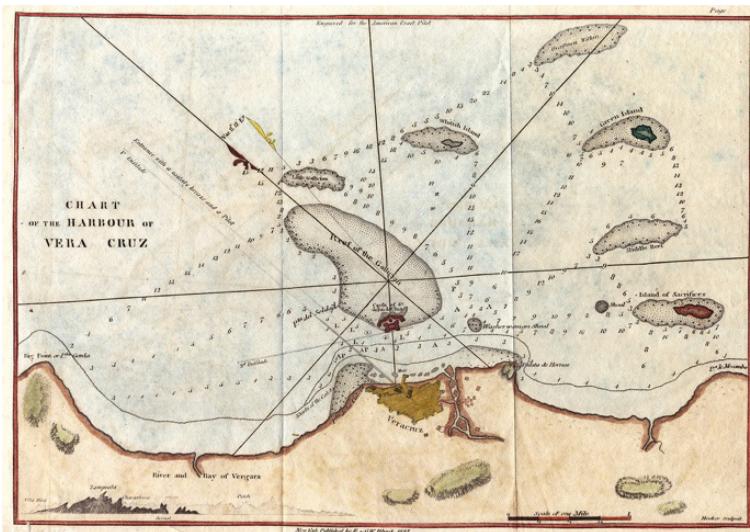
cuya posesión absoluta el gobierno mexicano no detentaría sino hasta noviembre de 1825, trance que se analizará en las páginas siguientes.

El sitio de Veracruz

A finales de junio de 1821, las unidades del ejército trigarante, lideradas por Antonio López de Santa Anna, cercaron el puerto de Veracruz, defendido por la fortaleza de San Juan de Ulúa, la muralla que circundaba la plaza, una batería y ocho pequeños baluartes adosados a sus muros, custodiados, a su vez, por apenas dos centenares de tropas veteranas, lanceros y marineros, comandados por Dávila.

En vista de la imposibilidad de recibir auxilios de Apodaca –por el bloqueo de las comunicaciones entre la capital del virreinato y la plaza veracruzana–, el ayuntamiento porteño designó de forma provisional a Dávila como capitán general y jefe político superior.³ Por su parte, los trigarantes iniciaron su ofensiva desde las afueras de la ciudad disparando contra el baluarte de San Fernando, embate que los realistas respondieron con tiros de artillería y fusilería; luego salieron extramuros e incendiaron algunas viviendas para “que el enemigo no tuviera donde abrigarse”⁴.

Figura 1. La plaza de Veracruz y el fuerte de San Juan de Ulúa



Fuente: Universidad de Florida.

³ Archivo General Militar de Madrid (en adelante AGMM), Archidoc, sign. 5375.21; Doc. 23. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 43-45.

⁴ Doc. 25, "28 de junio: los trigarantes atacan Veracruz". En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 45-46.

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

En los días siguientes, las fuerzas de Dávila realizaron numerosas salidas a los contornos de la plaza, donde fueron atacadas por los hombres de Santa Anna que permanecían agazapados en los médanos cercanos y en el fortín del Mundo Nuevo, punto desde el que atacaban constantemente las fortificaciones de la ciudad.⁵

En julio, los trigarantes emprendieron una decidida ofensiva para conquistar la plaza: aprovechando la lluvia, irrumpieron en el baluarte de San José y sometieron a su guarnición; después, tomaron el baluarte de San Fernando, tras lo cual abrieron la puerta de La Merced para que entrara el resto de sus fuerzas; luego, una porción de las mismas enfilaron rumbo al Palacio Municipal.

Alertados por la gritería, algunos de los defensores del recinto comenzaron a disparar, mientras que los custodios de los baluartes de Santa Bárbara, Santa Gertrudis y San Xavier abandonaron sus posiciones, “hasta que algunos oficiales procuraron contener este escandaloso desorden haciéndolos volver a los puntos donde se hallaban”.

Para contener la embestida, los soldados pidieron el auxilio de las tropas de San Juan de Ulúa y de los buques anclados en el muelle, quienes enviaron “un piquete del regimiento de Mallorca y la tropa de marina”. La repentina aparición de estos hombres causó la desbandada de los trigarantes, que se retiraron de forma caótica, incluyendo al propio Santa Anna, “que huía despavorido procurando salvar sólo su persona”.⁶

La fallida intentona de los mexicanos fue aprovechada por Dávila, que pocos días después exhortó a trigarantes y realistas a la reconciliación, “sumisos a las leyes del código nacional que hemos jurado” para que unos y otros volvieran “a las honestas ocupaciones de virtuosos españoles, pacíficos y útiles ciudadanos”.⁷

Por su parte, Santa Anna trató de justificar el ridículo ante Iturbide, y atribuyó la derrota a la carencia de oficiales aptos, por lo que le pidió que además de jefes competentes, le enviara 1000 hombres de refuerzo y suficientes municiones, “en el concepto de que mi división, siempre a vista del enemigo y pudiendo batirse a todas horas, no puede pasar una sola sin municiones”.

5 Docs. 26-29, 28 de junio-3 de julio. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 46-47.

6 Doc. 31, “7 de julio: fallido asalto a Veracruz”. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, p. 48.

7 Doc. 32, “10 de julio: proclama de José Dávila luego del asalto a Veracruz”, José Dávila, Veracruz, 10 de julio de 1821. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, p. 48-49.

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

A los pocos días Santa Anna reiteró su solicitud, e intentó aprovechar la oportunidad para transformar su fracaso en triunfo, achacando su retirada a “circunstancias que no entraban en cálculo alguno político ni militar”, pero cuidándose de explicar los motivos por los que no había podido conseguir la victoria.⁸

Una vez repuesto del descalabro, el futuro mandatario exigió a los residentes de la plaza su rendición, reprochándoles que se negaran a capitular, pese a las numerosas muestras de fraternidad que, según él, les había dado, por lo que les advirtió que si continuaban destruyendo las casas de extramuros, “los haré reponer a mejor forma, e indemnizar a sus legítimos dueños”.⁹

Mientras tanto, en el campo realista, Dávila estaba consciente de que su pequeña guarnición no resistiría mucho tiempo el asedio de los trigarantes, por lo que solicitó refuerzos a Cuba;¹⁰ petición que reiteró a su llegada a Veracruz el nuevo jefe político superior, Juan O’Donojú, al percibirse de la triste situación de lo que quedaba de la antigua administración colonial;¹¹ así, poco después salieron de La Habana algunas tropas para apoyar a los sitiados.¹²

Por las mismas fechas, Manuel López de Santa Anna le pidió a O’Donojú que designara a un comisionado para que negociara con Iturbide, pues este tenía mucho interés en comunicarse con él; a cambio, dejaría entrar a la plaza los víveres necesarios.¹³ De esta manera, se acordó un alto al fuego, autorizándose la entrada y salida de personas y mercancías a la ciudad.¹⁴

⁸ Doc. 33, “17-18 de julio: Santa Anna pide refuerzos y justifica el fracaso del asalto a Veracruz”, de Antonio López de Santa Anna a Agustín de Iturbide, Orizaba, 18 de junio de 1821. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 49-50.

⁹ Doc. 34, “21 de julio: proclama de Antonio López de Santa Anna dirigida a los europeos residentes en Veracruz”, Antonio López de Santa Anna, Veracruz, 27 de junio de 1821. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 50-51.

¹⁰ Doc. 35, “27 de julio: José Dávila solicita refuerzos a Cuba”, de José Dávila a Nicolás Mahy, Veracruz, 27 de julio de 1821. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, p. 51.

¹¹ Doc. 36, “30 de julio: Juan O’Donojú pide auxilios a Cuba”, de Juan O’Donojú a Nicolás Mahy, Veracruz, 30 de julio de 1821. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 51-52.

¹² Doc. 37, “31 de julio: refuerzos enviados a Veracruz desde La Habana y nombramiento de un nuevo comandante”, de Moreno y Daoiz al capitán general de la isla de Cuba, Madrid, 31 de julio de 1821. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, p. 52.

¹³ AGMM, Archidoc, sign. 5375.27, Manuel López de Santa Anna a Juan O’Donojú, Campo de extramuros, 4 de agosto de 1821.

¹⁴ AGMM, Archidoc, sign. 5375.27, Manuel López de Santa Anna a Juan O’Donojú, Jamapa, 6 de agosto de 1821; de Juan O’Donojú a Manuel López de Santa Anna, Veracruz, 7 de agosto de 1821; Juan O’Donojú a Manuel López de Santa Anna, Veracruz, 11 de agosto de 1821; Manuel López de Santa Anna a Juan O’Dnojú, Campo de extramuros, 11 de agosto de 1821; Juan O’Donojú a Manuel López de Santa Anna, Veracruz, 11 de agosto de 1821.

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

De cualquier modo, la situación de O'Donojú era desesperada, tanto por la falta de provisiones y hombres para proteger la plaza como porque ya entonces había aparecido el temible vómito prieto, que rápidamente comenzó a cobrar vidas. A estos pesares se sumaba la delicada situación de las tropas españolas en Ciudad de México que, rodeadas por el grueso del ejército trigarante, eran incapaces de auxiliar a sus compañeros estacionados en Veracruz.¹⁵

A lo largo de las siguientes semanas, los acontecimientos se sucedieron de forma vertiginosa, sin que nadie atinara a inferir su desenlace: convencido de la imposibilidad de hallar otra salida, O'Donojú pactó con Iturbide la firma de los Tratados de Córdoba, que en unos cuantos días pusieron fin, al menos en el papel, a tres siglos de dominación hispánica, ante el estupor y enojo de los partidarios de los borbones.

Las acciones de O'Donojú minaron el ímpetu de los defensores de Fernando VII, incapaces de proteger la ciudad de un ataque a gran escala del naciente ejército mexicano. Ante un escenario tan lúgubre, Dávila colocó explosivos en los baluartes de la plaza, advirtiendo que, en caso de retirada, los volaría para que sus contrincantes no pudieran utilizarlos, “y que desde el Castillo no permitiría [...] la permanencia de los enemigos, aunque de aquí se siguiese en parte su ruina”.

Para evitar semejante desenlace, el 15 de septiembre un grupo de notables se presentó ante el jefe español para entregarle una “representación” en la que no obstante su redacción “respetuosa y moderada se dirigía al propio objeto y encerraba las propias ideas” (que se rindiera la plaza). Como es de suponer, Dávila reprendió a la comitiva sin permitir siquiera la discusión de la propuesta, si bien les aseguró que la analizaría después.

Más que otra cosa, las baladronadas de Dávila no eran más que una estrategia para retardar la acometida mexicana, con el objetivo de ganar “el tiempo necesario para los aprestos de la retirada al Castillo que era lo que únicamente podía proponerme”, tanto por el escaso número de efectivos a sus órdenes como por la debilidad de las defensas del recinto, cuya muralla no era “sino una mala cerca fácilmente accesible por muchos de sus puntos”.¹⁶

¹⁵ AGMM, Archidoc, sign. 5375.27, Juan O'Donojú al ministro de la Guerra, Veracruz, 13 de agosto de 1821.

¹⁶ AGMM, Archidoc, sign. 5376.8, José Dávila al secretario de Estado y del despacho de la Guerra, San Juan de Ulúa, 14 de noviembre de 1821.

Sin embargo, el plan entrañaba dificultades que parecían insalvables, ya que exigía el acopio y transporte de una gran cantidad de caudales, víveres y pertrechos, pero, sobre todo, de hombres dispuestos, que en aquel momento escaseaban, no solo porque un gran número de personas había salido de la plaza, sino porque quienes se quedaron “mostraban la más decidida repugnancia a emplearse en cuanto condujese a prolongar la defensa”. A ello se sumaba la displicencia de muchos empleados públicos, quienes obstaculizaban las labores de Dávila, para demostrar su adhesión al nuevo gobierno.

Más allá de estos inconvenientes, el jefe español buscaba retrasar su partida al fuerte hasta el arribo de los trigarantes, para que fueran ellos y no las tropas jarochas¹⁷ las que tomaran la plaza, pues en su opinión, las últimas no eran más que una “milicia irregular, semibárbara, [...] que no ansiando más que el robo”, probablemente atacarían a los peninsulares que permanecieran en el recinto.¹⁸

Aunque en vista de las circunstancias, lo acordado por O’Donojú era lo más que podía conseguirse en favor de los intereses españoles, Dávila se rehusó a secundar sus decisiones, lo que finalmente desembocó en el rompimiento entre este y aquél, a quien desconoció como su superior; postura que secundó poco después Francisco Lemaury, subinspector del Real Cuerpo de Ingenieros, quien llegó al virreinato con el malogrado jefe político.¹⁹

El proyecto de Lucas Alamán

Por las mismas fechas en que la revuelta iturbidista sacudía al virreinato, los diputados novohispanos presentaban ante las Cortes un plan que, según Mariano Michelena, sentaría las bases de “una unión indisoluble”. En opinión de Estrada Michel, la propuesta estaba inspirada en los planteamientos expuestos en una junta

¹⁷ De acuerdo con Pérez Monfort, en el “Diccionario cubano editado en Veracruz en 1886 [...] Macías sugiere que la palabra jarocho proviene de [...] jara: especie de arbusto de Levante, saeta o dardo y por extensión la vara o guisa de agujón o de jaro color rojizo o cárdeno de la familia porcina”, por lo que el vocablo, según el autor, aludía al “campesino; en un principio se aplicó la voz exclusivamente como denominación genérica de los mulatos, chinos, zambos o lobos y demás individuos de raza etíope y americana con mezcla de raza caucásica”. Además, Pérez Monfort dice que el término hacía referencia de los “milicianos negros que con sus lanzas o “jaras” custodiaban costa y regiones llaneras del sur de Veracruz”; si bien la palabra ha tenido diferentes acepciones a lo largo de los años (Pérez Monfort, 1997, vol. 1, pp. 136-137). Por otra parte, en el blog *Aguapasada*, se mencionan diversos documentos que refieren el uso del término en otros lugares del virreinato, incluso en una fecha tan temprana como 1810. Al respecto, véase Uluapa Sr., “Los jarochos olvidados del siglo xix”, en *Aguapasada* [en línea], disponible en: <<https://aguapasada.wordpress.com/2015/05/03/los-jarochos-olvidados-del-siglo-xix/>>. [Recuperado el 31 de diciembre de 2024].

¹⁸ AGMM, Archidoc, sign. 5376.8, José Dávila al secretario de Estado y del despacho de la Guerra, San Juan de Ulúa, 14 de noviembre de 1821.

¹⁹ Docs. 49, 51-52, 54-56, 58-60. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 68-70, 70-75, 76-83 y 85-88.

convocada por el ministro de Ultramar, en la que ciertos funcionarios con amplia experiencia en América sugirieron establecer en las Indias “tres ‘imperios’ presididos por príncipes españoles”, vinculados a la Corona por “la común sujeción a la Constitución de la Monarquía”.

En todo caso, la propuesta de los mexicanos retomaba ciertos aspectos ya bosquejados en las ideas esbozadas años antes por el conde de Aranda y Manuel Godoy para el gobierno de la América española (Estrada Michel, 2006, p. 617). A grandes rasgos, el proyecto, obra de Lucas Alamán, sugería transformar el Imperio español en una federación integrada por tres reinos: el primero abarcaría Nueva España y Centroamérica; el segundo aglutinaría a Perú, Buenos Aires y Chile; la Nueva Granada constituiría el tercero. Las capitales serían Ciudad de México, Lima y Santa Fe.

En estas entidades regiría un mandatario designado por el monarca español, quien podría elegir incluso a un miembro de la dinastía borbónica. Cada nación contaría con sus propios cuerpos legislativos, los cuales tendrían “plenas facultades”: en estos reinos, tanto españoles como americanos gozarían de igualdad de derechos cívicos y libertad de comercio, “a cambio de contribuir al pago de la deuda de la Corona”. Sin embargo, para desencanto de los representantes novohispanos, muchos de sus pares europeos se opusieron tajantemente a la propuesta e, incluso, hubo quien pidió que se les encarcelara (Frasquet y Escrig Rosa, 2021, p. 158; Plasencia de la Parra, 1992, pp. 11-29).

Más allá de los debates entre los legisladores de uno y otro hemisferio, lo cierto es que todos coincidían en la urgencia de que Fernando VII y sus ministros definieran el curso de acción a seguir, pues mientras que en las Cortes y el Consejo de Estado se discutían las alternativas para lograr la reconciliación, en México, el imparable movimiento liderado por Iturbide había logrado, en apenas unos pocos meses, controlar casi todo el enorme territorio novohispano, con la excepción de unas cuantas plazas que permanecían fieles a la Corona.

Propuesta del Consejo de Estado

Finalmente, en la sesión del 7 de noviembre de 1821, el Consejo de Estado presentó una propuesta para la pacificación de Ultramar, cuya primera consigna era “que la España no consentirá la desmembración de ninguna parte de las posesiones de Ultramar”. Por lo anterior, se consideraba “que el medio más poderoso y eficaz es enviar una fuerza naval necesaria para apoyar a los países fieles y proteger a los accidentalmente disidentes”; empero, la retórica belicista de la declaración chocaba

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

con la realidad de una Armada española reducida a su mínima expresión (Castro Vaquero, 2019, pp. 232-233).

Quizás por ello, en el plan se asumía la importancia de conseguir el apoyo británico, pues solo así era posible “emprender la conquista militar de los antiguos territorios españoles”; por ello, debían otorgárseles a los ingleses ventajas comerciales que “sean las menos perjudiciales a la España”, pues a diferencia de Portugal, Estados Unidos, Francia y Rusia, que ambicionaban hacerse de ciertas provincias americanas, el interés de aquellos se reducía a las concesiones comerciales “y no [a] la conquista de territorios, que le podía[n] suponer cuantiosos costes” (Castro Vaquero, 2019, pp. 236 y 250).

Aunque el proyecto del Consejo de Estado trataba de aglutinar las principales propuestas en torno a la reconciliación entre España y sus colonias, ciertas voces, como el consejero Gabriel Ciscar, sostenían que cualquier intento de mantener a América bajo el dominio español sería inútil, y por ello, todos los recursos empleados para tales fines deberían considerarse perdidos de antemano. Por tanto, consideraba “impolítico e indecoroso” pedir ayuda a los ingleses para someter a los rebeldes, lo que sólo incentivaría el odio contra la metrópoli.

Por tanto, para Ciscar, lo más conveniente para los intereses hispanos era organizar “cuatro o más Estados independientes, enlazados entre sí” y con España de manera federada, según las condiciones de cada caso; así, la Corona mantendría bajo su jurisdicción “algunos puntos fortificados de la costa”, con lo cual obtendría una participación ventajosa en el comercio americano. De esta manera, se lograría una relación cordial y provechosa con las excolonias, en vez de invertir tropas y recursos en una causa que el consejero veía ya perdida (Castro Vaquero, 2019, pp. 245-247).

Mientras tanto, en La Habana, una junta de generales discutía el cumplimiento de la Real Orden expedida el 31 de julio, que ordenaba la partida del general Juan Moscoso a Veracruz, encabezando al batallón de Cataluña y 100 artilleros, para conservar la posesión de la plaza veracruzana; idea que varios miembros de la junta objetaron, pues para entonces, la situación en México había variado enormemente, por lo que se dudaba del éxito y aun de la utilidad de tal medida.²⁰

²⁰ Doc. 61, “10 de octubre: junta de generales en La Habana para discutir el envío de tropas a Veracruz al mando de Juan Moscoso”, La Habana, 10 de octubre de 1821. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 88-90.

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

Al tiempo que en Cuba se discutía el envío de tropas, en Veracruz la situación de Dávila era cada vez más insostenible, debido a las continuas deserciones, enfermedades y lo escaso de sus fuerzas, por lo que el jefe español resolvió retirarse a San Juan de Ulúa lo más pronto posible, para lo cual reunió una gran cantidad de víveres, municiones y artillería.²¹

La sorpresiva muerte de O'Donojú le permitió a Iturbide dejar de lado cualquier viso de diplomacia y exigirle a Dávila su rendición.²² Por ello, los días siguientes, el jefe español se comunicó con Santa Anna en numerosas ocasiones para negociar la entrega de la ciudad (Ortiz Escamilla, 2010, pp. 176-177); lapso que Dávila aprovechó para ultimar su retirada a la fortaleza, que se verificó el 26 de octubre, poco antes de la media noche.²³ Al otro día, Rincón se entrevistó con los miembros del cabildo porteño, quienes además de manifestarle su adhesión a la causa independentista, le pidieron que asumiera el mando de la plaza como jefe político y militar.²⁴

Con el paso de las semanas y los meses, la fortaleza de Ulúa se convirtió en el punto de reunión de los españoles que renegaban de la separación de las dos Españas, así como en el núcleo del copioso contrabando que se realizaba en el litoral veracruzano. Peor aún, el comandante realista se arrogó la potestad de decidir qué embarcación podía anclar en el puerto; todo ello resultaba intolerable para las autoridades mexicanas, que incluso trataron de sobornar a algunos miembros de la guarnición, quienes se rehusaron a participar en el complot y pusieron a su jefe sobre aviso de los planes mexicanos.

Ante la imposibilidad de tomar el islote por la fuerza, Iturbide ordenó al gobernador de Veracruz que prohibiera la llegada de navíos españoles, y dispuso que construyeran las instalaciones necesarias para que los barcos extranjeros desembarcaran en la Punta de Mocambo. Incluso, el caudillo discutió con Loaces la posibilidad de desalojar la ciudad para que las tropas se fortificaran en las alturas de las

²¹ AGMM, Archidoc, sign. 5375.30, José Dávila al ministro de la Guerra, Veracruz, 10 de octubre de 1821.

²² Doc. 64, “11 de octubre: ultimátum de Iturbide a Dávila”, de Iturbide a José Dávila, México, 11 de octubre de 1821. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 92-93.

²³ Doc. 70, “14 de noviembre: Dávila informa sobre su retirada a San Juan de Ulúa”, de José Dávila al secretario de Estado y del despacho de la Guerra, San Juan de Ulúa, 14 de noviembre de 1821. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 103-107.

²⁴ Doc. 65, “27 de octubre: Arreglos para la entrada de las fuerzas trigarantes en Veracruz”, Miguel Rincón al generalísimo presidente de la regencia del Imperio Mexicano, Veracruz, 27 de octubre de 1821. En Ortiz Escamilla, Veracruz, 2008, vol. 2, pp. 93-94.

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

rutas que llevaban a Orizaba y Xalapa. Al enterarse de los planes de los militares, el Ayuntamiento porteño se comunicó con Iturbide para explicarle que

Abandonar la respetable y principal garganta del opulento imperio mexicano [...] no sería otra cosa más que perder una ciudad valuada en 22 millones de pesos [...] apoderado el general Dávila de tan interesante punto, volarían de la isla de Cuba a su sostén, ayuda y defensa numerosos auxilios que interrumpirían los rápidos progresos del Imperio.

Por si fuera poco, la evacuación de la ciudad tomaría por lo menos unos seis meses, y requeriría el empleo de unas 100 mil mulas y una cantidad exorbitante de recursos, sin contar la parálisis total del comercio y las incalculables pérdidas que para el erario representaban los cuantiosos recursos que le proporcionaban los buques extranjeros que anclaban en la plaza veracruzana. En vista de lo juicioso de las objeciones de los municipios, el vallisoletano desistió de su idea (Trens, 1947, pp. 390-392).

Para privar de recursos a San Juan de Ulúa, las autoridades mexicanas sospecharon la conveniencia de trasladar las operaciones portuarias a Antón Lizardo, lo que facilitaría también las acciones militares contra el castillo. En los meses siguientes, los mexicanos construyeron algunas baterías, mientras los españoles evaluaban la idea de atacarlos; sin embargo, temían que una ofensiva sobre Antón Lizardo provocara represalias contra los españoles que radicaban en el puerto, por lo que desistieron de sus planes.²⁵

Ante las acciones de Iturbide, que según Lemaur presagiaban sus deseos de apropiarse de los bienes de los peninsulares residentes en México y atacar de San Juan de Ulúa,²⁶ el jefe español concibió un plan para apoderarse de Veracruz y del armamento que los mexicanos habían concentrado en el puerto; con ello, lograría “libertar de un sitio a este castillo por lo menos un año, sino que también se evitaria del propio modo la ruina de Veracruz, que será forzosa insistiendo Iturbide en llevar a efecto su desconcertado empeño”.

²⁵ AGMM, Archidoc, sign. 5377.3, José Dávila al secretario de Estado y del despacho de la Guerra, San Juan de Ulúa, 7 de agosto de 1822.

²⁶ Los trigarantes retuvieron en Perote tres conductas que transportaban medio millón pesos. De acuerdo con Lemaur, “se habían traído [...] desde Perote morteros, obuses, gran cantidad de bombas y granadas con otras municiones y pertrechos militares, y advertí con escándalo que se ocupaban diariamente en las baterías contra esta fortaleza quinientos o más trabajadores”. AGMM, sign. 5377.14, Francisco Lemaur al secretario de Estado y del despacho de la Guerra, San Juan de Ulúa, 28 de octubre de 1822.

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

El plan de Lemaury contemplaba la participación de un español llamado Rivera, quien supuestamente encabezaba una conspiración para adueñarse de la plaza veracruzana. Los conjurados le ofrecieron a Lemaury entregarle los baluartes de Santiago y La Concepción, “los cuales, dominando los inmediatos hacia la parte de tierra, y cruzando sus fuegos a lo largo del puerto, sobre el recinto intermedio, [...] facilitarían sin el menor riesgo el desembarco, así por ellos como por la misma Puerta de Mar, y en cualquier evento darían apoyo y seguridad a la retirada”.

Lemaury puso a Juan Bautista Topete al frente de las unidades que tomarían el baluarte de Santiago, y a Joaquín Vial como líder de las fuerzas que se apoderarían del baluarte de La Concepción. Para garantizar el trato, los conspiradores dejarían como rehén a uno de sus hombres, quien permanecería a bordo de alguno de los botes hispanos hasta que las tropas tomaran las fortificaciones. Confidados, los realistas entraron al baluarte, donde fueron atacados por el enemigo.

Al otro extremo de la ciudad, Rivera guiaba a quienes tomarían el baluarte de Santiago, pero al escuchar las detonaciones, escapó, dejando a los sorprendidos realistas a merced de los disparos que salían de los fortines y del convento de Belem. Al escuchar el griterío, el grueso de las fuerzas españolas bajó a tierra. Durante horas, hispanos y jarochos sostuvieron un brutal enfrentamiento que dejó las calles repletas de cadáveres, hasta que los atacantes se retiraron, protegidos por la artillería de San Juan de Ulúa.²⁷

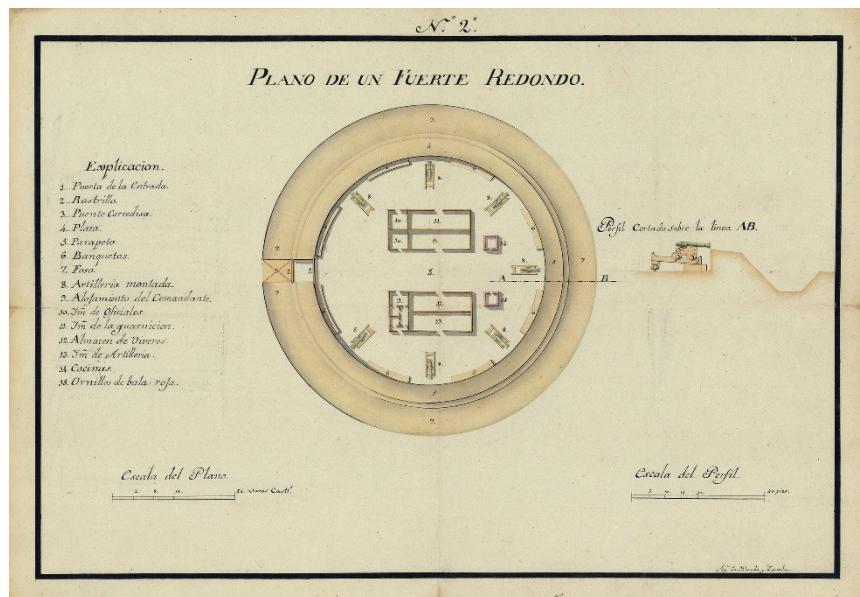
El fallido intento de conquistar plaza alarmó a los jefes realistas, quienes temían que sus enemigos les arrebataran la Isla de Sacrificios, pues si perdían este punto, los mexicanos contaría con una inmejorable plataforma para lanzar un ataque a gran escala contra San Juan de Ulúa; por ello, en noviembre de 1822, el capitán de fragata Agustín de Blondo presentó al alto mando un proyecto para fortificar el islote.

Blondo propuso instalar un fuerte provisional redondo hecho de acuerdo con “el nuevo sistema de fortificar los puertos”, fabricado con un revestimiento de barriles, “rellenado todo de tierra”. El reducto contaría con habitaciones para las tropas y almacenes para víveres y pertrechos. Para defenderlo, se colocaría artillería

²⁷ AGMM, sign. 5377.14, Francisco Lemaury al secretario de Estado y del despacho de la Guerra, San Juan de Ulúa, 28 de octubre de 1822.

según el modelo de Gribeauval –que prescribía cañones más cortos y ligeros–, montada en cureñas de costa, capaces de un movimiento giratorio.²⁸

Figura 2. Fuerte provisional redondo



Fuente: Archivo General Militar de Madrid.

Mientras los españoles debatían cómo defender sus posiciones, en Ciudad de México, las diferencias entre Iturbide –quien se había proclamado emperador– y el poder legislativo, dominado por diputados de tendencia liberal, derivó en un abierto enfrentamiento que culminó el 31 de octubre de 1822 con la disolución del Congreso. En consecuencia, quien hasta entonces era considerado el “redentor de la patria, se transformaba como por encanto en déspota y opresor” (Fowler y Ortiz Escamilla, 2000, p. 19).

Mientras tanto, en la provincia de Veracruz, las ambiciones de Santa Anna habían concitado el rechazo de los ayuntamientos de Xalapa y Veracruz, así como de varios jefes de la región, por lo que Iturbide, que no confiaba en él, aprovechó la coyuntura para despojarlo del mando de sus tropas. Lejos de amilanarse, el xalapeño se alzó en contra del emperador el 2 de diciembre de 1822, con el disimulado apoyo de los sitiados de San Juan de Ulúa (Fowler y Ortiz Escamilla, 2000, p. 30);

²⁸ AGMM, 5377.16, “Proyecto para fortificar la entrada del sur del puerto de Veracruz presentado al Exmo. Sr. don Dionisio Capaz, ministro de Marina; por el capitán de fragata de la Armada Nacional don Agustín de Blondo y Zavala”, Cádiz, 23 de noviembre de 1822.

SÉRGIO A. VARGAS MATÍAS

al enterarse, el emperador ordenó cortar la comunicación con la plaza veracruzana hasta que se recuperara su control.²⁹

Aunque la rebelión santannista no tuvo la acogida esperada, catalizó el descontento de muchos comandantes y ciertas facciones políticas, que se sentían agraviados por los actos del vallisoletano. Así, lo que comenzó como una revuelta local escaló a una abierta rebelión cuando caudillos como Vicente Guerrero y Nicolás Bravo secundaron el movimiento. Peor aún, a principios de febrero de 1823, José Antonio de Echávarri –enviado por Iturbide para derrotar a Santa Anna– proclamó el Plan de Casamata, en el que se exigía “la restauración del Congreso [...] y se instaba a elegir una nueva representación nacional” (Frasquet, 2009, p. 71).

Ante el giro de los acontecimientos, a Iturbide no tuvo más remedio que aceptar el restablecimiento del Congreso, y poco después, ante la creciente animadversión en su contra, se vio obligado a abdicar (23 de marzo de 1823), dando fin al efímero Imperio mexicano. En las semanas siguientes, los diputados borraron todo rastro del legado iturbidista, y declararon nula su coronación, así como “ilegales todos los actos emanados de su gobierno”, lo que dejó sin efecto el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba (Frasquet, 2009, pp. 72-73).

Más allá de la interpretación historiográfica que se haga de Iturbide –y del amplio rechazo que generó entre muchos de sus coetáneos–, lo cierto es que, con la abolición del Congreso y la posterior instauración de la Junta Nacional Constituyente, el miliciano devenido en emperador aceleró, sin saberlo, el proceso que separaría definitivamente a México del Imperio español (Frasquet, 2009, p. 70), y que luego lo llevaría a él a su destitución y muerte.

Mientras en el bando mexicano se sucedían las traiciones, Lemaur, desesperado por la falta de recursos, impuso un reglamento de comercio para el puerto, valiéndose de la autoridad que le daba la inmejorable posición de la fortaleza y, sobre todo, de la incapacidad de sus contrincantes para rendirla. Ante esta situación, hubo voces que sugirieron desviar el tráfico marítimo a Tampico, Alvarado y otras demarcaciones; sin embargo, tal idea resultaba arriesgada e impracticable, pues dichos puntos carecían de la infraestructura necesaria.

Pese a que San Juan de Ulúa carecía de bodegas adecuadas para conservar las mercancías, muchos comerciantes vieron con buenos ojos la oportunidad de

²⁹ Doc. 157, “21 de diciembre: El Imperio declara la guerra a Santa Anna y Lemaur”, Sota Riva, México, 21 de diciembre de 1822. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, vol. 2, pp. 231-234.

negociar con los españoles, ya que el bisoño gobierno mexicano carecía de recursos y medios para habilitar un nuevo puerto; por tal motivo, los mercaderes recelaban de la posibilidad de perder sus inversiones si se asociaban con el nuevo régimen, sobre todo, si la Corona española no lo reconocía.³⁰

Al respecto, Viñuela Pérez dice que muchos de los españoles residentes en Veracruz de la capacidad de Iturbide para garantizar la seguridad de sus bienes y personas. Estos temores eran alimentados por numerosos panfletos en los que se exigía la derogación de la “tercera garantía” –la que proclamaba la unión de europeos y americanos–, como resultado del deseo de muchos mexicanos de apoderarse de las riquezas de la comunidad hispana (2024, p. 123).

Por ello, era evidente que pese a la curiosa normalidad con la que transcurrían las relaciones entre el castillo y las fuerzas estacionadas en Veracruz, era imposible que la situación se mantuviera así por mucho tiempo, dada la enorme maraña de intereses que estaban en juego, por lo que incluso la más pequeña chispa podía desencadenar un incendio de proporciones inimaginables.

Así, mientras en Xalapa los delegados mexicanos y españoles trataban de llegar a una resolución amistosa, en Veracruz, Lemaur y Guadalupe Victoria intercambiaban agrias reclamaciones respecto de la posesión de la Isla de Sacrificios, ya que mientras el jefe español sostenía que la ínsula era una extensión de la fortaleza de San Juan de Ulúa, el mexicano la consideraba parte irrenunciable del territorio mexicano.

Inicio de las hostilidades

En vista de la imposibilidad de llegar a una solución, a mediados de septiembre, Victoria ordenó cortar la comunicación entre la fortaleza y la ciudad; por ello, el gobernador de la plaza mandó a clausurar la puerta del muelle y el despido de las embarcaciones que se usaban para circular entre ambos puntos. A partir de entonces, las entradas de la muralla se cerraron, abriéndose solo para quienes tripulaban los buques extranjeros anclados en el puerto, no así para los españoles, si bien algunos consiguieron burlar la vigilancia y llegar al castillo.

Expectantes, los mexicanos emplearon el tiempo en fabricar algunas obras de defensa; por su parte, el ayuntamiento veracruzano comisionó al alcalde Ramón

³⁰ Archivo General de Indias (en adelante, AGI), México, 1323, Francisco Andrés Cardenal al secretario de Estado y del Despacho Universal de Hacienda, San Juan de Ulúa, 20 de julio de 1823.

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

Garay y al regidor Pedro José Echevarría para ir a Xalapa a entrevistarse con Victoria, con el propósito de que este mediara entre los contendientes para “librar a la ciudad de la ruina que será inevitable si no se acuerda una transacción”.

Sin embargo, cuando se supo en la ciudad cuál era el objetivo de los comisionados –y que por ello se suspenderían los trabajos de fortificación–, un grupo de mulatos, encabezado por ciertos personajes de gran “influencia en la numerosa plebe de su color”, se presentó ante el gobernador de la plaza para exigirle explicaciones y demandarle que se continuara la construcción de baterías “y se rompiesen inmediatamente los fuegos contra el castillo”.

El funcionario trató de razonar con los quejosos, pero estos regresaron a la plaza gritando “mueran los gachupines”, e incitaron a los curiosos “al robo y al saqueo”, por lo que se distribuyeron varios piquetes de tropas en la ciudad para evitar cualquier desaguisado. Ante lo delicado de la situación, el gobernante se reunió con el cabildo y los jefes militares; allí, los municipales le notificaron que, ante la imposibilidad de lograr un acuerdo satisfactorio entre los contendientes, abandonarían su papel de mediadores. Por ello, se reanudaron las obras de fortificación, declarándose “abiertas las hostilidades”.

Ante el inminente estallido de las acciones, varias familias extranjeras se refugiaron en el castillo; por su parte, los mexicanos artillaron la batería de Mocambo, y enviaron algunas barcas cañoneras a tomar Sacrificios, por lo que Lemaur ordenó la retirada de la guarnición española que custodiaba la isla. Para coordinar la estrategia a seguir, Lemaur se reunió con sus principales subalternos, tras lo cual intimó al gobernador el reinicio de las negociaciones, advirtiéndole que, si se rehusaba, sus cañones bombardearían la ciudad, “una hora después de recibida su negativa”.

En los días siguientes, se mantuvo una tensa calma, que los integrantes de la Junta de Caridad de Veracruz aprovecharon para solicitarle a Lemaur que no atacara el hospital de la ciudad. El día 25, los realistas le enviaron un oficio con varias demandas al gobernador veracruzano, quien, a su vez, propuso suspender las hostilidades hasta recibir la respuesta de Victoria. Sin embargo, los españoles ignoraron su petición, y a las 12:30 horas abrieron fuego contra la plaza, que fue inmediatamente respondido por los baluartes del recinto.

Para fortuna de los veracruzanos, gran parte de los obuses españoles cayeron en la bahía, debido a la mala calidad de la pólvora empleada y la escasa puntería

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

de los atacantes, lo que estimuló el brío de los mexicanos, quienes contraatacaron con furia.³¹ Aun así, en los días posteriores, los porteños sufrieron los estragos de la batalla, por lo que muchos vecinos huyeron, en tanto que otros se alojaron en las rancherías vecinas para escapar de los bombardeos, que destruyeron muchos edificios e inhabilitaron otros.

Aunque los artilleros de los baluartes intentaban responder los embates de la fortaleza, sus esfuerzos eran poco efectivos, debido a la poderosa constitución del inmueble, por lo que más que otra cosa, debieron conformarse con hostilizar a las embarcaciones que iban y venían del castillo llevando víveres y mercancías.

Mientras que mexicanos y peninsulares trataban de aniquilarse mutuamente, en Cuba se preparaba el primer relevo del destacamento, que salió de La Habana afines de diciembre de 1822, integrado por poco más de 400 hombres, que tras varias peripecias, arribaron a San Juan de Ulúa a mediados de enero de 1823; con ello, el fuerte contaba para su defensa con unos 1300 infantes pertenecientes a los batallones de Cataluña, Tarragona y Málaga, milicianos pardos y morenos, marineros y las tropas que antes de la retirada al castillo estaban destinadas a la defensa de la ciudad.

Tres meses después, partió de Cuba el siguiente reemplazo, compuesto por elementos en su mayoría recién llegados a América, que, por la premura de su partida, emprendieron el viaje “casi desnudos”, sin uniformes ni zapatos, por lo que Lemaur pidió al capitán general que le suministrara recursos para equiparlos, pero este se negó, pretextando que no había dinero para ello.

A partir de entonces, la situación de los sitiados se complicó, ya que, debido al bloqueo de Cádiz por la Armada francesa, y las noticias del inminente retorno del régimen absolutista en España, la flota de relevo se retrasó, lo que provocó gran inconformidad entre los hombres que resguardaban Ulúa, y dio lugar a una ola de rumores según los cuales, un grupo de ellos conspiraba para apoderarse de los caudales alojados en el castillo para escapar a los Estados Unidos.

Para evitar mayores males, en enero de 2024, Lemaur ordenó que 200 hombres regresaran a Cuba; sin embargo, sus reemplazos no llegarían hasta agosto, lo que puso a los sitiados al borde del colapso, pues a la falta de alimentos, vestuario y calzado se sumaron el escorbuto y la fiebre amarilla. En mayo, la situación de la

³¹ AGI, México, 1323, “Diario de las ocurrencias entre la fortaleza de San de Ulúa y la plaza de Veracruz desde el 8 de septiembre de 1825, San Juan de Ulúa”, 30 de septiembre de 1823.

guarnición era tan crítica que cuando unas de las barcas que usaban para pescar fue capturada, los realistas, desesperados, abrieron fuego contra la ciudad (Escalona Jiménez, 2000, pp. 464-465).

Los temores ante una posible invasión a Veracruz

La permanente zozobra causada por la presencia hispana en Ulúa, hizo que, a fines de septiembre de 1824, el Congreso de Veracruz urgiera al Supremo Poder Ejecutivo a tomar las medidas necesarias para impedir un desembarco en sus costas. La desconfianza de los jarochos se alimentaba por las noticias que llegaban de Europa que “presagian el último esfuerzo del rey de España y sus aliados, para probar la reconquista de las Américas”.

Para los veracruzanos era evidente que las intrigas de franceses y españoles –y celebración del Congreso de París– tenían por objeto “poner a Fernando en estado de reconocer su legitimidad y gobierno absoluto en las colonias”, como se deducía de los esfuerzos de ambas potencias para convencer a los británicos de unírseles –o de evitar al menos su oposición–, tentativa que según los legisladores inquietaba a los ingleses, pues ellos no querían que *el Deseado* recuperara el control de las Indias.

Los diputados señalaban también que debido a “la extensión y despoblación de sus costas, la abundancia de ganados, la variedad de radas y surgideros, [y] los conocimientos de la travesía”, la provincia de Veracruz era, sin duda alguna, la opción más viable para la inminente invasión, que se vería favorecida por la proximidad de Cuba y la posesión de la fortaleza de San Juan de Ulúa, todo lo cual ofrecía a los atacantes enormes ventajas para lograr su cometido.

Propuestas de fortificación

Tal y como en su momento lo señaló Mora Villamil,³² los diputados creían poco probable que el enemigo intentara desembarcar en Barlovento, pues sus naves no podrían superar los arrecifes y los bajos con los que “la sabia naturaleza ha querido defender sus costas”; por tanto, sugirieron fortificar “con todo esmero y solidez sin desperdiciar un solo momento”, las barras de Coatzacoalcos, Sontecomapan, Alvarado, Tuxpan y Pueblo Viejo (Tampico).

³² En marzo de 1824, el coronel Ignacio de Mora Villamil fue comisionado por el jefe del Estado Mayor para reconocer el litoral del barlovento y sotavento del golfo de México, con el propósito de definir las medidas necesarias para poner en estado de defensa las costas y los caminos de Veracruz (Mora y Mathes, 1983).

Así mismo, propusieron colocar, a intervalos regulares, pequeños destacamentos a lo largo del litoral, para avistar oportunamente cualquier nave enemiga. Estas guarniciones serían igualmente útiles para impedir el “escandaloso contrabando” que se hacía en las playas veracruzanas. Los congresistas alertaron también de la presencia de ciertos españoles y otros individuos desconocidos en los puertos que, además de manifestarse contra de la Independencia, perjudicaban a la Hacienda nacional con sus “repetidos fraudes”.

En cuanto a los pasos del interior, los veracruzanos enfatizaron la premura de poner en estado de defensa las “gargantas del Puente Nacional, El Chiquihuite y otras que el barón de Humboldt llamó justamente inaccesibles”, como lo había demostrado Guadalupe Victoria durante la guerra de Independencia. Con esto, las fuerzas de las costas podrían replegarse a posiciones seguras, en caso necesario, para desde ahí reorganizarse y contraatacar.

Si bien los legisladores estaban conscientes de las dificultades que entrañaban estas medidas –como el mortífero clima del litoral, las plagas y la falta de caudales–, creían que podrían superarse si las guarniciones se alojaban en los pueblos cercanos. De esta manera, los hombres de los puntos fortificados podrían relevarse periódicamente, y adquirir los víveres y abastecimientos en las mismas localidades.

Con este método, los milicianos se aclimatarían paulatinamente a las condiciones del litoral, “perdiendo [...] ese terror pánico que han concebido a este territorio”, y se acostumbrarían “al rigor de la disciplina militar”, al lado de las tropas veteranas “bajo la dirección de jefes activos y expertos”, abandonando así “la apatía y pereza en que los ha sumergido el abandono del gobierno anterior, y los desórdenes de la pasada revolución”.

Como colofón, los diputados demandaron al Supremo Gobierno el bloqueo de San Juan de Ulúa para forzar la capitulación de los españoles, pues consideraban que se les había dado ventajas inadmisibles, como el acceso a Sacrificios, gracias a lo cual habían subsistido todo un año, pese a que sus tropas solo habían sido relevadas en dos ocasiones. Por ello, era preciso bloquear Sacrificios y trasladar las operaciones portuarias a La Antigua o Antón Lizardo, para evitar que el enemigo se aprovisionara y supiera de las ocurrencias de la plaza veracruzana (Trens, 1947, pp. 508-513).

Al respecto, cabe recordar que por aquellas fechas en México y Europa se decía que Iturbide buscaba el apoyo francés para devolverle a España el dominio sobre

México. Según otras versiones, el vallisoletano negociaba con Rusia el envío a México de una expedición de 12 mil hombres a las costas de Sonora, Sinaloa y California. Si los rusos se negaban, Iturbide les solicitaría 30 millones de pesos para comprar barcos y armas que distribuiría entre sus seguidores en Tampico y Veracruz. En agradecimiento, el exemperador cedería la península californiana al zar.

De acuerdo con José Mariano Torrente –agente del embajador español en Inglaterra–, el propio Fernando VII había intentado –infructuosamente– convencer a Iturbide de que lo ayudara a reconquistar México. No obstante, el exemperador no mostró interés alguno en el proyecto, pues se consideraba a sí mismo como “el mayor obstáculo en los planes para someter a las Américas a sus antiguos amos”; en su opinión, estos y otros infundios no eran más que una estratagema de la Corte de Madrid, que utilizaba “todos los recursos imaginables para adormecer a la nación, para multiplicar mis enemigos y para destruirme” (Sanders, 1967, pp. 38-39).

La capitulación de San Juan de Ulúa

A fines de noviembre de 1824, las autoridades mexicanas se enteraron de la penosa situación de los españoles en San Juan de Ulúa, gracias al testimonio de un capitán francés que, por navegar a las órdenes de Colombia, había sido apresado y encarcelado en la fortaleza, de donde logró escapar a nado. Al llegar al puerto contó que el escorbuto había diezmado gravemente al destacamento, pues 260 hombres –incluido Lemaur– padecían la enfermedad, por lo que solo 100 permanecían activos.

Tan desesperada era la situación de aquellas tropas, que varios soldados habían sido arrestados por manifestarse en favor del armisticio. Ante la posibilidad de un motín, los mandos celebraron una junta de oficiales, en la que acordaron esperar por 20 días la llegada de relevos, tras lo cual, si no se recibían socorros, rendirían la plaza (Ortiz Escamilla, 2002, p. 183).

No obstante, para fortuna de los defensores del castillo, a principios de 1825 salió de La Habana la fragata Sabina, tripulada por 687 hombres para reemplazar a los sitiados de Ulúa. Al mando de la expedición iba el brigadier José Coppinger, quien sustituyó a Lemaur en el mando de las unidades que defendían la fortaleza (Ortiz Escamilla, 2010, p. 243).

En cuanto a los mexicanos, cabe señalar que su incapacidad para tomar la fortaleza se explica por la carencia de navíos de guerra y la escasez de tripulantes para

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

operarlos, por lo que cada vez que se quería hacer alguna acción, debía contratarse mercenarios para pilotear las embarcaciones (Ortiz Escamilla, 2002, p. 65).

Ante la imposibilidad de conquistar San Juan de Ulúa, los mandos mexicanos ordenaron estrechar el cerco, por lo cual, en noviembre de 1824 –atendiendo las recomendaciones de Mora Villamil–, el general Miguel Barragán ordenó tomar la Isla de Sacrificios, que permanecía abandonada, salvo cuando era utilizada como fondeadero por los navíos de la escuadrilla nacional o por algunos barcos mercantes extranjeros. Una vez posesionados del islote, los mexicanos construyeron tres fortines: “Guadalupe”, “Libertad” y “República”, así como almacenes y barrancones para la tropa (Lerdo de Tejada, 1857, pp. 258-259).

Desde entonces, la isla funcionó como presidio, hasta que en abril de 1825, un grupo de prisioneros y algunos miembros de la guarnición se amotinaron, incitados por un tendero español llamado Higareda.³³ Pese a lo inesperado del alzamiento, varios oficiales consiguieron escapar y llegaron a la costa, donde inmediatamente pusieron a las autoridades al tanto de los hechos.

En respuesta, Barragán ordenó atacar a los sublevados desde la batería de Mocambo, y convocó a las tropas de Boca del Río y Alvarado para ir a someter a los revoltosos. Mientras tanto, los alzados pidieron auxilio al fuerte de San Juan de Ulúa, sin conseguirlo, gracias a la intervención de la escuadrilla mexicana, que rápidamente se interpuso entre ambos puntos.

Los sublevados cometieron el grave error de liberar a los comandantes del presidio, quienes pronto retomaron el control de la isla, con la colaboración de muchos de los soldados que, obligados, habían participado en el tumulto. De este modo, la revuelta fue aplastada en pocas horas, ante el estupor de los cabecillas del motín, quienes tras su captura fueron ejecutados (Lerdo de Tejada, 1857, pp. 259-260).

Ideas de reconquista

Mientras que en México se discutían las acciones para rechazar la hipotética invasión, en España, el teniente coronel Francisco Xavier de Cerveriz presentaba ante la Corona un detallado plan para reconquistar las Américas. Dicho personaje había servido en la Capitanía General de Castilla la Nueva, y por lo expuesto en el documento, se infiere que en algún momento combatió o al menos estuvo en territorio

³³ Rivera Cambas discrepa de Lerdo de Tejada, pues dice que el apellido del ibérico era Laerrando (1869, p. 360).

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

americano, circunstancia que lo acreditaba para proponer una solución para impedir la pérdida de las colonias.

Así, en opinión de Cerveriz, el fracaso de las armas del rey en América se debía a que hasta ese momento, las estrategias para combatir a los insurgentes habían sido diseñadas por mandos que jamás habían puesto un pie en el Nuevo Mundo y, que por lo tanto, no tenían ningún conocimiento real del contexto en el que se desarrollaba el conflicto, por lo cual sus decisiones se basaban en “fugitivas noticias [...] confundidas ideas”, o en el peor de los casos, por el interés de obtener “ventajas personales en sus destinos y carrera”.

En consecuencia, las operaciones realizadas para derrotar a los rebeldes habían sido planeadas sin atender las particularidades de los distintos escenarios, como si fuera lo mismo combatir en “el alto Perú” que en “los confines de México”, lo cual explicaba la crítica situación en la que se encontraban las tropas leales a la Corona. Por ello, lejos de proponer un gran ataque para recuperar la totalidad de los territorios americanos, Cerveriz sugirió que los esfuerzos de las armas realistas debían de enfocarse en retomar

la central línea de la costa meridional de Caracas, desde las rocas del Orinoco hasta la sonda de Campeche, tomando el Istmo de Panamá [...]; demostrar la fácil y segura posesión de los reinos de Santa Fe, Quito, Guayaquil, Guatemala, México y, por último, las grandes ventajas que de ello resultan para la seguridad del alto Perú.

Aunque Cerveriz reconocía que esto significaba mantener la posesión de una pequeña parte del vasto continente americano, esta era sin duda la más importante y rica, por lo que todos los esfuerzos deberían de enfocarse en su recuperación –lo que según él podría lograrse en dos o tres años–, en vez de seguir tratando de recobrar el resto de los dominios perdidos, algo que, en el mejor de los casos, quizás podría lograrse en unos 10 años, pero que en aquel momento era sencillamente imposible.

De acuerdo con los cálculos de Cerveriz, para la ejecución de su proyecto se requería del envío de una expedición compuesta por 24 mil unidades de infantería, 500 artilleros y 1000 de caballería. Estas fuerzas se trasladarían a América en cuatro fragatas, dos corbetas y dos bergantines, que navegarían juntas hasta Puerto Rico, donde se dividirían de la siguiente forma: 6000 infantes, 100 artilleros y 300 elementos de caballería saldrían rumbo a la provincia de Caracas; la mitad desembarcaría en la Guaira y el resto tomaría Valencia y luego Puerto Cabello.

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

El resto de las fuerzas se dirigiría a Cuba, donde se organizarían en tres grupos: uno tomaría Veracruz; otro, Campeche y Mérida; el último se apoderaría de Portobello, Chagras y Panamá. Con ello, las fuerzas desplegadas en el alto Perú podrían reconquistar Guayaquil, Quito y Santa Fe, y apoyar las operaciones en Venezuela; luego, en combinación con las tropas de Campeche, procederían a atacar México y Guatemala.

Con ello, no solo se facilitarían las operaciones de la división enviada a Veracruz, sino que se pondría “en movimiento a todos los decididos por la causa de V. M.”, con lo cual sería posible retomar el control “de tan preferente territorio”, con “menos pérdida y resistencia”. El último punto era fundamental para el teniente coronel, en vista de la debilidad y la escasez de embarcaciones y pertrechos que padecía España en aquellos momentos.

Por otra parte, cabe señalar que además de restablecer progresivamente la autoridad española en el Nuevo Mundo, el plan de Cerveriz obedecía al temor de que alguno de los gobiernos revolucionarios atacara a Cuba y Puerto Rico, lo cual tendría consecuencias catastróficas para la metrópoli, pues la privaría de una sustancial fuente de recursos, y peor aún: liquidaría definitivamente cualquier posibilidad de que las naciones americanas volvieran algún día al seno de la Madre Patria.³⁴

Los recelos de Cerveriz no eran infundados, pues el retorno del absolutismo en la península aumentó los temores de una invasión hispana, por lo que el Gobierno mexicano evaluó la posibilidad de atacar Cuba o, por lo menos, de incentivar una revuelta interna para evitar que los españoles pudieran utilizar la isla como base de operaciones para retomar el control del territorio nacional. Con estas miras, en octubre de 1823, México y Colombia suscribieron el tratado de unión, liga y confederación perpetua, mediante el cual ambas “naciones se confederaban” ofensiva y defensivamente.

De acuerdo con Guerra Vilaboy, la ofensiva contra los ibéricos en el Nuevo Mundo no se limitaba a los esfuerzos de los gobiernos, ya que de manera subrepticia diversos grupos de conspiradores tramaban sus propios planes: a finales de mayo de 1823, Guadalupe Victoria, entonces comandante general de Xalapa, fundó en compañía de “Simón de Chávez [...] y un grupo de activos yorkinos”, en Puente de la República –antes “Puente del Rey”, justo donde el guerrillero había labrado

³⁴ AGI, Estado 86B, núm. 73, “Noticia sobre las operaciones de América, dedicada a la soberana consideración del rey nuestro señor”, Francisco Xavier de Cerveriz, Madrid, 31 de agosto de 1824.

su fama-, la Gran Legión del Águila Negra, cuyo objetivo primordial era lograr “la libertad general de las Américas”.

Los planes de contraataque

Por las mismas fechas, en Filadelfia, un grupo de exiliados cubanos y otros personajes planeaban enviar una expedición contra Cuba, comandada por el general Manrique, quien acababa de expulsar a las fuerzas españolas de Maracaibo. Según los conspiradores, la isla estaba defendida por pocos hombres; por ello, la ocasión era propicia para lanzar el ataque, que se presentaría como una iniciativa del propio Manrique, cuya “inexperiencia y juventud” eran el pretexto idóneo para evitar que el Gobierno colombiano se viera envuelto en una controversia con Francia o Inglaterra que, por sus intereses en la zona, podrían ver mal la participación de Bogotá en el asunto (Guerra Vilaboy, 1998, pp. 34-37).

Para mala fortuna de los conjurados, Manrique falleció el 30 de noviembre, motivo por el cual el proyecto quedó congelado, si bien no por mucho tiempo, pues unos meses después, Vicente Rocafuerte, uno de los líderes de la intriga, viajó a México para tratar de reactivar el ataque, cuya dirección pasó a los mexicanos, quizás porque eran los más amenazados por la presencia española en Cuba. Por su parte, los colombianos manifestaron sus deseos de apropiarse de Puerto Rico, y propusieron a sus socios que dejaran que los cubanos decidieran su futuro.

En agosto de 1824, Santa Anna fue designado para organizar las tropas expedicionarias en Yucatán, mismas que meses después disponían ya con dos buques y varios cientos de hombres en Campeche. Como ya se dijo, Colombia liberaría Puerto Rico, en tanto que México haría lo propio con Cuba. Los aliados estaban tan convencidos de las posibilidades de éxito del plan, que al poco tiempo consideraron proponer, en el Congreso de Panamá, la creación de una Armada “americana” para atacar a los españoles en su propio territorio (Guerra Vilaboy, 1998, pp. 39-40).

En los meses siguientes, el Gobierno mexicano obtuvo un empréstito de Inglaterra, con el que compró varias embarcaciones en los Estados Unidos; con ellas organizó una flotilla de guerra (Valdés, 1972). De esta manera, en octubre de ese año logró bloquear totalmente a los españoles y se apoderó de la Isla Verde; así, “quedó enteramente cerrado el único conducto por donde la fortaleza podía ser socorrida con la premura que exigía su desesperada situación” (Lerdo de Tejada, 1857, p. 246).

De acuerdo con Rodríguez Tapia (2018), a mediados de 1825, los graves problemas internos que aquejaban a España, “como el intento de levantamiento armado encabezado por Bessières y el temor a las conspiraciones de liberales y ultrarrealistas”, aunados a la quiebra del Tesoro Real, impidieron la definición de una estrategia factible para reconquistar las Américas. Por si fuera poco, la capitulación de Ayacucho, ocurrida a principios de junio, convenció al rey y su gabinete de la urgencia de “reforzar la seguridad en las plazas y sitios que aún estaban en manos del gobierno español” (p. 131).

No obstante, en septiembre de ese mismo año, el ministro de Gracia y Justicia, Francisco Tadeo Calomarde, expuso ante el Consejo de Ministros dos informes referentes a la situación en América. En uno, se mencionaba la “facilidad” con la que podría reconquistarse México, enviando dos expediciones integradas por unos 8 o 10 mil hombres. Sin embargo, dada la absoluta “carencia de todos los medios para verificarlo”, la propuesta quedó en el tintero.

Mientras tanto, en San Juan de Ulúa, la guarnición subsistía gracias a los suministros proporcionados por ciertos porteños que deseaban que el país volviera a la tutela de España. Aunque es probable que los sitiados estuvieran conscientes de lo ilusorio de tales anhelos, no perdían oportunidad para alentarlos, pues entorpecían los esfuerzos de los mexicanos para tomar la fortaleza (Rivera Cambas, 1869, p. 361).

Por otra parte, el arribo de la expedición de Coppering robusteció las esperanzas hispanas de alargar el envite indefinidamente; sin embargo, la terrible humedad que reinaba en el inmueble y el insoportable calor del puerto, aunados a las enormes dificultades para adquirir suficientes víveres frescos, trastocaron sus planes, por lo que apenas unos meses después de su llegada, los relevos se encontraban en las mismas desplorables condiciones de sus predecesores:

[...] las guardias, que se componían de veinte hombres [...] tuvieron que reducirse de día a un cabo y cuatro soldados; y de noche salía un oficial con la fuerza que podía reunirse para hacer frente al enemigo; y a la del principal, más de una vez se conducía al tambor Luis Signer enfermo en su cama, para colocarlo debajo de la cuerda de la campana para repetir las horas (Albi, 2019, pp. 434-435).

Aun así, los custodios del castillo aún mantenían esperanzas de que en cualquier momento aparecerían los refuerzos, lo que pareció concretarse cuando en el horizonte se dibujaron las velas de una escuadra española cuyo número presagiaba la llegada de un poderoso contingente, con suficientes elementos para reemplazar

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

a los sitiados e, incluso, para intentar alguna acción en tierra; sin embargo, para mala fortuna de los hispanos, un furioso norte dañó severamente el convoy, impiéndole alcanzar la fortaleza (Giménez y García, 1911, p. 25).

Pese al chasco, Coppinger se mantuvo inflexible ante las constantes exigencias de rendición de Barragán; no obstante, era evidente para todos que los sitiados no podrían resistir indefinidamente. Así, a principios de noviembre, Barragán envió un ultimátum a su rival, dándole un plazo de 48 horas para capitular, que el español intentó negociar, quizás porque creía que los relevos llegarían en cualquier instante; sin embargo, el mexicano se mostró imperturbable, y le advirtió que de no aceptar sus condiciones, “sufrirán vuestra señoría y la guarnición de su mando la suerte de la guerra”.³⁵

En vista de la incombustible actitud de Barragán, pero, sobre todo, del desplorable estado de sus hombres, consumidos por el escorbuto, sin comestibles³⁶ ni atención médica, Coppinger comprendió que no le quedaba más remedio que acomodar las exigencias de su rival, por lo que desde ese momento se suspendieron las hostilidades, y se autorizó que los sitiados adquirieran víveres frescos.

En los días siguientes, los arreglos para la rendición del castillo avanzaron de forma expedita, allanados por la buena disposición de Coppinger y Barragán, por lo que el día 18 de noviembre se firmó el tratado de capitulación del fuerte. Inmediatamente, Barragán ordenó al cirujano del batallón de marina, Manuel Phillips, que se trasladara al fuerte para evaluar las condiciones de los convalecientes (Ortiz Escamilla, 2008, p. 407).³⁷

Por otra parte, cabe mencionar que a principios de octubre había llegado al puerto el ministro de Hacienda, José Ignacio Esteva, quien, gracias a sus facultades, pudo resolver sin dilación todos los inconvenientes que pudieron haber obstaculizado los trámites para la capitulación (Lerdo de Tejada, 1857, pp. 264-265).

Una vez firmado el documento, los días 19 y 20 ingresaron en los hospitales de la ciudad 148 hombres que por su delicado estado de salud no resistirían el viaje a

³⁵ Doc. 281, “5-19 de noviembre: Memorias para la historia mexicana o los últimos días del castillo de San Juan de Ulúa”, de Miguel Barragán a José Coppinger, Veracruz, 5 de noviembre de 1825. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, p. 400.

³⁶ Tan acucianta era el estado de los sitiados, que ante la falta de alimentos se vieron obligados a devorar a todos los animales que moraban en el castillo, incluso ratas; suerte de la que únicamente se libró un perro que los proveía de roedores (Penny, 1992, p. 121).

³⁷ Doc. 281, “5-19 de noviembre: Memorias para la historia mexicana o los últimos días del castillo de San Juan de Ulúa”, de Miguel Barragán a José Coppinger, Veracruz, 5 de noviembre de 1825. En Ortiz Escamilla (Comp.), 2008, p. 407.

La Habana; a estos se sumaron otros siete que, por diversos motivos y comisiones, permanecieron en la plaza veracruzana. Al día siguiente, Coppinger y su Estado mayor se embarcaron en el bergantín Victoria, en tanto que el resto de las tropas españolas abordó el Guillermo y el Águila". Los navíos permanecieron en el puerto hasta el día 23, cuando se dieron a la vela a las 8 de la mañana, momento en el que

según lo convenido en la capitulación, se arrió en el castillo el pabellón español, haciendole el saludo correspondiente, y a las once, cuando se habían perdido ya de vista aquellos buques que conducían los restos de la guarnición, izó allí con sus propias manos el general Barragán el pabellón nacional, que fue saludado con una triple salva de artillería en la fortaleza y la plaza, y con toques de las músicas militares, en medio del más estrepitoso entusiasmo (Lerdo de Tejada, 1857, p. 267).

Figura 3. Toma del fuerte de San Juan de Ulúa por las tropas mexicanas



Fuente: Revista Militar "Armas", Secretaría de Marina.

Comentarios finales

Tras más de diez años de guerra en el virreinato mexicano, el puerto de Veracruz y el litoral circundante fueron el escenario del acto final del proceso independentista novohispano. Por tal motivo, como ocurriría en repetidas ocasiones en las décadas siguientes, el fuerte de San Juan de Ulúa se convirtió en uno de los principales actores de la trama, ya que en este bastión se concentraron las miradas de todos aquellos que por distintos motivos tenían algún interés en el desenlace del sitio y, por ende, en la resolución definitiva del conflicto.

Por otra parte, es evidente que más que a un plan de reconquista estratégicamente concebido, la permanencia de las tropas españolas en el castillo respondió a la obcecación y al deseo de la Corona española por conservar, así fuera de manera simbólica, el dominio del último bastión de la que, sin duda alguna, fue la más importante de sus posesiones americanas, pues ya en aquel momento estaba claro que cualquier intento de reconquistar el virreinato mexicano no era más que una quimera, debido a la ruina de la Real Hacienda y el colapso de la Armada y el Ejército hispanos.

Referencias documentales

Archivo General de Indias

Archivo General Militar de Madrid

Ortiz Escamilla, J. (Comp.). (2008). *Veracruz. La guerra por la Independencia de México. 1821-1825. Antología de documentos*, Vol. 2. Gobierno del Estado de Veracruz/Universidad Veracruzana.

Referencias

- Albi de la Cuesta, J. (2019). *Banderas olvidadas. El Ejército español en las guerras de emancipación de América*. Desperta Ferro Ediciones.
- Arenal Fenochio, J. (2007). La ¿segunda? carta de Iturbide a Guerrero. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 28 (110), 143-152.
- Arenal Fenochio, J. (2021). Una Independencia dentro de un orden constitucional, México 1821. *Korpus* 21, 1 (3), 491-500.
- Castro Vaquero, M. (2019). Debates sobre la pacificación de Ultramar durante el Trienio liberal. Especial referencia al envío de comisionados [Tesis de doctorado, UNED].
- Espinosa Aguirre, J. (2023). *La empresa eternamente memorable. México hacia la independencia trigarante de 1821*. Universidad Jaume I.
- Estrada Michel, R. (2006). *Monarquía y nación entre Cádiz y Nueva España*. Porrúa.
- Ferrer Muñoz, M. (1995). *La formación de Estado nacional en México*. UNAM.
- Fowler, W. y Ortiz Escamilla, J. (2000). La revuelta del 2 de diciembre de 1822: una perspectiva regional. *Historias*, 47, 19-38.
- Frasquet, I. (2009). De la autonomía provincial a la República Federal. México, 1820-1824. *Ayer*, 7, 49-76.
- Frasquet, I. y Escrig Rosa, J. (2021). Los rostros de la revolución. Ideas y proyectos políticos en el México independiente (1821-1822). *Signos Históricos*, 23 (46), 154-201.
- Giménez, M. y García, G. (Eds.). (1911). *Memorias del coronel Manuel María Giménez, ayudante de campo del general Santa Anna, 1798-1878*. Librería de la vda. de C. Bouret.
- Guerra Vilaboy, S. (1998). México y Cuba: primeros esfuerzos por la Independencia cubana, 1820-1830. *Sotavento*, 2 (4), 31-55.

SERGIO A. VARGAS MATÍAS

- Guzmán Pérez, M. (2021). *El momento Iturbide. Una historia militar de la Trigarancia*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Lerdo de Tejada, M. (1857). *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz: precedidos de una noticia de los descubrimientos hechos en las islas y en el Continente Americano, y de las providencias dictadas por los reyes de España para el gobierno de sus nuevas posesiones, desde el primer viaje de don Cristóbal Colón, hasta que se emprendió la conquista de México*. Imprenta de Ignacio Cumplido.
- López Durán, R. (2010). Del abrazo de Acatempan a los Tratados de Córdoba: un largo camino hacia la consolidación de la independencia nacional. En *La Independencia de México a 200 años de su inicio. Pensamiento social y jurídico* (pp. 221-276). UNAM.
- Mora Villamil, I. y Mathes, M. (1983). *Las defensas de México en 1824*. Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Moreno Gutiérrez, R. (2016). *La trigarancia. Fuerzas armadas en la consumación de la independencia*. UNAM.
- Ortiz Escamilla, J. (2002). Defensa militar, negocios e ideología: Veracruz, 1821-1825 (pp. 155-196). En S. Broseta, C. Corona, M. Chust, J. Feliu, V. Mínguez, V. Ortells, J. Pi-queras, A. Poveda, W. Rambla, I. Rodríguez y V. Sanz (Eds.), *Las ciudades y la guerra, 1750-1898*. Universitat Jaume I.
- Ortiz Escamilla, J. (2002). Entre dos amores: México y España. El puerto de Veracruz, 1821-1825. *La Palabra y el Hombre*, 122, 49-82.
- Ortiz Escamilla, J. (2010). *El teatro de la guerra. Veracruz 1750-1825*. Universidad Veracruzana/Universidad Jaume I.
- Penny, W. (1992). Bosquejo de las costumbres y la sociedad mexicana, 1824 (pp. 115-149). En M. Poblett (Comp.), *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos, 1822-1830*. Gobierno del Estado de Veracruz.
- Pérez Monfort, R. (1997). Lo “negro” en la formación del estereotipo jarocho durante los siglos XIX y XX. *Sotavento*, 1 (2), 131-154.
- Plasencia de la Parra, E. (1992). La política española en torno a la Independencia de México. La postura de Francisco Martínez de la Rosa y Lucas Alamán. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 15, 11-29.
- Rivera Cambas, M. (1869). *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones del estado de Veracruz*. Imprenta de Ignacio Cumplido.
- Rodríguez Tapia, A. (2018). *España sin América. Política y diplomacia frente a la secesión de los territorios americanos, 1823-1833* [Tesis de doctorado, El Colegio de México].
- Sanders, F. (1967). *Proposals for monarchy in Mexico: 1823-1860* [Tesis de doctorado, Universidad de Arizona].
- Trens, M. (1947). *Historia de Veracruz*, vol. 2. Gobierno del Estado de Veracruz.
- Viñuela Pérez, R. (2024). *El fuerte de San Juan de Ulúa en la opinión pública mexicana y española durante el Primer Imperio, 1821-1823* (pp. 117-141). En M. Landavazo y A. Sánchez (Eds.), *Méjico y España en el largo siglo XIX. Imaginarios, discursos, relaciones*. Silex Ultramar.